

El Corazón eucarístico

Nos dejamos guiar por el ejemplo y por las palabras de Don Luis para aventurarnos a redescubrir una característica principal de la espiritualidad guaneliana: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la centralidad eucarística. Más aun, para decirlo como Don Guanella, hablemos del "*Sagrado Corazón eucarístico*". Una aventura de "*corazón a corazón*": el de Dios, el del Beato, el nuestro, el de nuestros pobres y el del mundo...

El símbolo del corazón

Don Guanella escribe que “el corazón es la sede del amor”. El corazón es el centro de la vida.

La vida del corazón del hombre es la vida de todo el hombre. Jesús te muestra su propio corazón palpitante para que mirándolo tú te conmuevas. Jesús te abre su costado para que entrando en su corazón tú vivas de su vida y aprendas a salvarte a ti y a los demás. Con la caridad se salvan las almas. Ama a tu salvador y salúdalo cariñosamente diciéndole: “Dulce corazón de mi Jesús, haz que yo te ame siempre más y más”. ¡El está convencido de que el corazón sea el símbolo natural del amor!

Don Luis guardaba en su corazón la Palabra de Dios y así lograba alimentar la devoción al Sagrado Corazón y de esta manera nos indicaba el camino para entrar en el corazón divino; se trata de la Eucaristía o de la Comunión espiritual:

“Si Dios te llama hoy, entra en el costado abierto del Salvador y recibe en tu corazón a Jesús en el Sacramento augustísimo. Por lo menos acércate a él con el piadoso cariño de una comunión espiritual”.

El corazón de Cristo revela el amor del Padre

El amor de Cristo se convierte en el signo humano, la verdad presente y encarnada del amor eterno del Padre, que llega a nosotros a través del simbolismo del corazón atravesado, invitándonos a amar en Cristo a Dios y al prójimo.

Don Guanella nos presenta a Jesús exactamente como un amigo doliente que está a la puerta del corazón de todo hombre y ahí se queda a gemir con cariño piadosísimo. Cristo es el amigo que sufre por sus amigos que están en pecado; Cristo gime a la puerta de los corazones y al mismo tiempo dirige a los fieles palabras cariñosas.

Don Luis dirá que es “hasta excesivo” el amor que Dios tiene por el hombre.

El fuego de la Caridad

Para Don Luis, entre el corazón de Dios y el corazón del hombre, está la Eucaristía. Por eso habla del Sagrado Corazón Eucarístico. *“En la santísima Eucarística Jesús te hizo partícipe de los buenos frutos de su Espíritu. Estos te vuelven amado por Dios, querido por tu prójimo. Los dones de Jesús son doce frutos que perfeccionan tu alma. Trata de ir conquistándolos de a poco. Con esto querrás hacer recapacitar a los pecadores, quienes otra cosa no hacen que obras de la carne, porque ellos mismos son carnales”*.

Del corazón eucarístico de Cristo no puede que venirnos este fuego de la caridad que nos lleva realmente a amar con el amor de Dios: *“Quien se acerca la mesa del Señor recibe en don el fruto de la caridad. Con la caridad Dios vive en el corazón del hombre y el cristiano vive en el corazón de Jesús. Que consuelo más alto es poder decir: «Mis afectos son parecidos a los de Jesús y mi espíritu se parece al espíritu de Jesús, mi Salvador».* Esta alegría te llena el corazón de una paz altísima: que le gustas a Dios y que estás seguro de que siempre Dios te cuidará”.

El discurso de Don Luis sobre el Sagrado Corazón lleva consigo el dinamismo del cristiano peregrino. Basta pensar en la recurrente idea de “*entrar*” en el costado de Cristo: entrar para vivir de la vida del Salvador y así aprender a salvarse a sí mismo y a los demás, entrar para poder amar con el mismo amor divino. Entrar en el corazón de Cristo no es un hecho ‘intimista’ porque siempre hay espacio para los hermanos.

Según Don Luis, entrar en el corazón de Cristo no debe solamente conmover al creyente sino que lo debe empujar a buscar la salvación de los demás con la convicción de que *“solo con la caridad se salvan las almas”*.

“Cada día el Señor quiere encontrarse con ustedes de corazón a corazón ¡Escuchen su voz y síganla!”

Nos parece oír aún las palabras de Don Luis Guanella que nos invita a conversar con Dios, a escuchar su voz y a seguirla.

Adoración

Jn 6, 48-54